

# MILLANTUM

ARTE :-: LITERATURA



febrero 1943

N.º 6

Santiago - Chile

# LAS AGONIAS

por ANDRÉS SABELLA

## ARMANDO ULLOA

Nos ha quedado un solo retrato de este poeta, lleno de extraños caminos de soledad. Se trata de una fotografía donde Armando Ulloa muestra ardientes ojos de no se sabe qué horizonte y la boca como recién humedecida por una sonrisa; abajo se abre una mano con la sencillez de una tierra que se alejara en surcos.

La iconografía es, sin duda, una de las cosas que es preciso alentar en nuestras letras. Los retratos ayudan con su documentación para la eternidad: es a través de tales formas de atarcar al olvido que es posible entender, a veces, muchas imágenes y fraternizar con las sombras de quienes pudieron ser, por las misteriosas razones del destino, nuestros más leales camaradas terrestres; pequeño consuelo nos resta, con este procedimiento: encontramos entre ceniza y sombra a los amigos que son y que no son los huéspedes de nuestro corazón. ¿Cómo era, por ejemplo, María Antonieta Le Quesne, qué ojos cargó para su sabiduría de la muerte?

Digo que en la fotografía que se conserva de Ulloa rueda, muslo abajo, una mano con la sencillez de una tierra que se alejara en surcos. Acaso, sin pretender el símbolo, Ulloa dejó el suyo en este ademán: su diestra fué tierra enaltecida por el arte y sus dedos, buenos surcos para que fructificara el trigo en la imagen.

Toda la poesía de Ulloa está recostada en el paisaje chileno:

*"Nada más grato al cuerpo que el ánimo abandona  
que un gran vaso de leche matinal y espumoso,  
un melón aromático o un racimo jugoso  
que los zumos vitales de la tierra pregonan".*

El campo habla en boca de muchos poetas chilenos. Pero, tal vez, en ningún otro adquiere tanta presencia como en la obra de este autor, armoniosamente dibujado por el aura en el museo del bosque:

### ATARDECER

*" Sentado sobre el lomo de esta colina miro  
" el paisaje que se abre igual que un corazón:  
" el sendero, los álamos, las montañas y el río,  
" la pradera inefable y el humilde arbol.*

*" Un rebaño de ovejas viene por el camino  
" lentamente, en tardía y blanca procesión.  
" El pastor se quedó sentado bajo un pino,  
" las ovejas se quedan como mirando el sol...*

*" Y el sol se esconde. Y llega el crepúsculo  
de oro.*

*" El paisaje se duerme en la penumbra. El río  
" suaviza su corriente, sueña y se pone rojo...*

*" La montaña, el sendero, se confunden. Los  
álamos  
" abren sus brazos. Gime el viento. Se oyen  
ruidos.*

*" El cuerpo de la noche gira sobre los  
campos..."*

Parece que las palabras, antes de llegar a sus manos, se bañaran en jugos secretos y acaparacen, para su vida en el poema, toda la ciencia y la conciencia de las raíces; así creo explicarme la verdad de mundo y de poesía que se evidencia en los escasos poemas de este silencioso confidente de nuestras tardes campesinas: sus poemas "El Hombre y la Tierra" y "Croquis de mi Heredad", bastarían para comprenderle y perpetuarle.

No fué Ulloa un hechizado por las torturas de la forma: le bastó la expresión directa y en ella supo guardar el grano eterno que sazona y defiende lo que ha de durar. El soneto devinó en su arma predilecta; los catorce caminos del soneto llegaron a humillársele y por ellos salió su corazón en busca de las esencias primitivas y gloriosas que engrendecían sus latidos:

*" Campos de mi heredad dormidos junto al  
rio....  
.....  
" con qué fresco perfume me humedecéis el  
alma!"*

Había en Ulloa un poeta-pintor; en su libro póstumo "Poemas de la Tierra y Otros Poemas". (1), encuentra el lector numerosas muestras de esta dualidad. Ulloa miraba y era su voz, entonces, una especie de pincel que trasladaba, veraz y

palpitante, el panorama, hasta la cuartilla; su "Paisaje nevado" reúne el verbo y el calor que vivieron en las sienes del poeta:

*" ¡Qué alegre está el campo triste  
con la primera nevada!  
La pradera perfumada  
como una novia se viste".*

Influido por el resplandor eterno de la tierra, él, que quiso "con un libro en las manos, soñar toda la vida", concentró su mirada en el astro las frutas y sucumbió por el hachazo bestial de las sombras que maldicen los pulmones...

Amando a la tierra, a sus lámparas floridas, a su palpitación que ensancha el aroma del universo, Armando Ulloa se encará con la muerte y sólo pidió, como para no irse del todo de la égloga encendida que adorara:

*"Toma, Muerte, mi alma: ¡tórname en agua  
fresca!"*

Cuando hallemos un amarillo noble en el agua que nos dice adiós, por el desamparo de los campos, recordemos a este poeta: allí, en la fuga que conía el corazón de los paisajes, marcha quien tiene su mejor monumento, en el árbol que surge de la palma misteriosa de la vida.

A. S.

(1).— Colaboran en esta edición: Carlos Acuña, Juan Marín, González Bastidas, César Bunster y Lagos Lisboa.

(Ediciones NASCIMENTO, 1931).

